

LA CUESTIÓN DEL ESTADO

Octubre nº 2, marzo de 1938.

Este artículo pretende espolear la discusión en el seno de las dos fracciones adheridas a la Oficina¹.

Hablar de Estado es hablar de coacción. Hablar de socialismo es hablar de libertad. La contradicción es flagrante y no se puede atenuar. En toda coyuntura de la lucha de clases, esta contradicción subsiste. Llevando esta hipótesis hasta al límite, si frente a un supuesto asalto capitalista que rompe las fronteras del Estado proletario, los comunistas recurren a los métodos burgueses de coerción contra el proletariado o cualquiera de las agrupaciones que surgen en él, el Estado proletario sufriría una profunda involución, y un Estado de esta naturaleza sería ya incapaz de lograr la victoria contra el asaltante burgués; el capitalismo lograría así colarnos esta mercancía en nuestras propias filas, bajo un envoltorio revolucionario y proletario.

Mil veces se ha dicho que el socialismo es una cuestión de contenido y no de forma, y esto es cierto en cualquier circunstancia. Hay que añadir que cuando bajo el pretexto de la “necesidad momentánea”, la forma sustituye al contenido, la alteración que se produce con ello no es ocasional sino definitiva, y las consecuencias se desarrollarán con la misma férrea lógica que nos ha llevado de los errores iniciales cometidos durante la evolución rusa a la actual masacre de los obreros en España, China y las orgías del Tribunal Supremo de Moscú.

Antes de abordar el examen del problema, tenemos que aclarar que nuestra intención no es en absoluto erigirnos en jueces de Lenin y los artífices de la revolución rusa, o dar el menor crédito a los detractores socialdemócratas de la revolución rusa, que tratan de establecer una relación de estricta continuidad entre Octubre de 1917 y las actuales hecatombes en Rusia, entre Lenin y Stalin. Somos marxistas. El verdadero y único homenaje que podemos hacer a nuestros maestros consiste en considerar a Lenin como una gigantesca expresión de su época, alguien que hizo o que ninguno de nosotros hubiera podido hacer y que nos ha legado una herencia colosal, herencia que nosotros debemos aplicar y amplificar a la luz de los acontecimientos sobrevenidos. Así, como eslabones de una misma cadena de infamia, el proletariado terminará denunciando a Stalin y a sus compadres socialdemócratas. Al primero por las despiadadas masacres de 1935-38; a los segundos por tratar de limpiar sus manos manchadas de sangre en los ríos rojos que inundan España, China, Rusia, Italia, Alemania y que mañana ahogarán el mundo entero en una sucesión de guerras o en una conflagración mundial.

LA NOCIÓN DE ESTADO

En el terreno histórico, primero asistimos a la formación de las clases y luego del Estado. Esto no depende de circunstancias ocasionales, sino de la evolución económica. El instrumento de trabajo, que separa al hombre de la naturaleza, provoca el aumento de la producción, que da lugar a la acumulación en el seno de las castas, las formas primitivas de las clases, pues en esta primera etapa el desarrollo de la producción, aunque supere la capacidad de consumo de los estratos privilegiados, no permite saciar todas las necesidades de la colectividad. En estos primeros tiempos, las cuestiones sociales pueden resolverse

¹ Se refiere al *Bureau International des Fractions de la Gauche Communiste* (Oficina Internacional de las Fracciones de la Izquierda Comunista), formada a finales de 1937 por la Fracción Italiana y la Fracción Belga con el “objetivo central de favorecer la formación y las relaciones entre las fracciones de izquierda de todos los países” (*Manifiesto de la Oficina Internacional de las Fracciones de la Izquierda Comunista*, Octubre nº 1, febrero de 1938). El órgano de la Oficina Internacional era la revista *Octobre*.

amistosamente mientras se va estableciendo una jerarquía. Existe una solidaridad entre las diferentes funciones sociales y los estratos inferiores de trabajadores, que no sienten más necesidades que aquellas que la sociedad les sacia. En la fase posterior ocurre algo muy distinto. La propia lógica de la acumulación lleva a la sujeción económica, a la coacción para mantener esta sujeción, y el Estado aparece como una necesidad histórica determinada tanto por el progreso de la producción y como por el hecho de que ésta es insuficiente para permitir la satisfacción de todas las necesidades colectivas; de ahí surge la división de la sociedad en clases.

Estos factores de la evolución histórica nos revelan cuál es la característica propia del Estado (coerción), así como el hecho de que este Estado no puede desaparecer hasta que la extensión de la producción, combinada con el progreso de la civilización, permita no sólo satisfacer todas las necesidades existentes, sino también que esas necesidades se generalicen al conjunto de los productores. No se trata sólo, por tanto, de pensar que habrá igualdad cuando el obrero y el campesino, inglés o chino, reciban lo que piden, sino que hay que llegar a una situación en la que el grado de progreso y de civilización ponga tanto a unos como a otros en condiciones reales de igualdad. Sólo entonces podrá establecerse la sociedad comunista.

El Estado, que aparece después de las clases, dependiendo de la evolución económica, ¿debe seguir existiendo tras la destrucción de la clase explotadora, en el periodo de transición?, ¿o bien su supervivencia perjudicaría la victoria lograda por el proletariado? ¿Acaso al final de esta evolución histórica tendremos que cambiar nuestra postura y nos veremos obligados a mantener el Estado tras la supresión de la clase explotadora? Si planteamos este problema es porque tiene una importancia excepcional. No depende del azar, e ignorarlo es caer en las tenazas que nos llevaron de Lenin a Stalin.

Ya lo hemos señalado, el Estado responde a dos necesidades históricas: la coordinación de la producción, por una parte, y la defensa de los privilegios de la clase dominante, por la otra. El primer elemento persiste incluso tras la destrucción del capitalismo y continuará existiendo no sólo hasta el pleno desarrollo de las necesidades de los productores, sino también hasta que maduren las condiciones objetivas que determinan una cierta igualdad en dichas necesidades. El segundo elemento deja de existir cuando se destruye el aparato de dominio de la burguesía, pero esto no significa que el carácter del Estado haya cambiado. Sería una tragedia si nos engaáramos a este respecto, después de todo lo que hemos visto.

Si planteamos el problema en sus verdaderas bases podremos darnos cuenta de que, en definitiva, al final de esta evolución histórica que conduce a la construcción de la sociedad comunista y la preludia, las leyes de la evolución serán las mismas que existen en el comunismo primitivo y en el transcurso de todas las fases sucesivas. La destrucción de la clase explotadora no suprime ni la división de la sociedad en clases, ni las diferencias entre trabajadores, ni la propia necesidad de que exista un Estado. La cuestión es esta: la tendencia de la evolución económica, así como también las propias bases de la sociedad comunista futura, ¿obedecerán a las leyes de máxima centralización de la producción, de su disciplina a un plan minuciosamente estudiado, o bien a las leyes de la descentralización y a una vida económica parcelaria? No hay duda posible. Ante las gigantescas instalaciones industriales y los formidables progresos económicos, no hay más solución que la disciplina centralizada de toda la producción. Sobre el tema de la centralización y la descentralización, lo dicho por Lenin en su polémica con Kautsky tiene un valor definitivo y restaura completamente el pensamiento de Marx a este respecto. En efecto, la centralización no se opone de ningún modo al libre desarrollo de las iniciativas individuales y no supone necesariamente ninguna coacción. La disciplina que resulta de ella no es más que la suma, la canalización, de todas las energías en el conjunto de la industria planificada.

La destrucción de la clase explotadora deja en pie las diferencias de clase, y el Estado sigue siendo necesario hasta que maduran las condiciones reales para la sociedad comunista. Por otra parte, la tendencia que conduce a la sociedad comunista resulta de la propia evolución económica, que lleva a una

centralización creciente de la producción. El Estado persiste tras la destrucción del capitalismo porque esta destrucción no significa que las clases desaparezcan. Así como el Estado, al comienzo, presentaba características positivas y negativas, lo mismo ocurrirá tras la victoria proletaria: instrumento necesario del progreso económico, es también una amenaza permanente que tiende a que este progreso no siga una dirección favorable a los productores, sino contraria y encaminada a masacrarles.

Los anarquistas, evidentemente, han perdido toda su razón de ser como movimiento proletario después de haber demostrado lo “justas” que eran las críticas de Bakunin contra Marx, convirtiéndose en ministros, generales, agentes de policía y violentos defensores del Estado catalán, cuyas matanzas de obreros superan con creces a las hazañas de Mussolini y Hitler. Pero esto no quiere decir que el Estado no sea necesario, incluso tras la victoria proletaria, pues su razón de ser se sitúa en el terreno de la producción, que aún es insuficiente para satisfacer las necesidades de todos los productores, unas necesidades que algunos saben expresar y otros no, pues las condiciones de la civilización aún no lo permiten.

Pero el Estado, a pesar del adjetivo “proletario”, sigue siendo un órgano de coerción, que se opone aguda y permanentemente a la realización del programa comunista; en cierto modo es el reflejo del peligro capitalista que acecha constantemente en todas las fases de la vida y de la evolución del periodo transitorio.

Para terminar con este punto, podemos afirmar que el Estado, lejos de ser una expresión de la clase proletaria, representa su antítesis constante, la contradicción que existe entre dictadura del Estado proletario y dictadura del proletariado.

LA NOCIÓN DE DICTADURA DEL PROLETARIADO

Marx y Engels no escribieron mucho sobre este tema. Pero sería falso decir que no expresaron una opinión definitiva. Las experiencias vividas por el proletariado mundial no les permitieron tratar este problema de manera orgánica y sistemática, pero podemos guiarnos a través de sus escritos sobre este tema.

Si bien es cierto que la idea de dictadura es inseparable de la de coerción, también lo es que si esta coerción se realiza con los métodos que tanto le gustan al capitalismo, estaríamos ante una dictadura sustancialmente burguesa, bajo un nombre y una bandera proletarias. Es inútil pretender diferenciar la dictadura capitalista de la proletaria únicamente en base a los medios que supuestamente una podría emplear y la otra no. Evidentemente hay medios que son propios del capitalismo y que repugnan al proletariado, como la violencia, pero nosotros comprendemos que en ciertos momentos, particularmente durante las erupciones revolucionarias, no hay más solución que emplear la violencia. Abordaremos luego este problema más concretamente. De momento nos basta con recordar que, para Marx, la violencia era la “partera” de la historia, no un medio para poner en orden los problemas de la vida social.

La idea de dictadura en sí misma es inseparable de la idea de clase. Si la aplicamos a la burguesía, explicamos su dominio sobre los trabajadores. Si la aplicamos al proletariado, reflejamos su misión, su programa en el terreno económico, político e histórico. Todo desfase que se manifieste entre la dictadura y la misión del proletariado, en no importa qué momento del periodo de transición, es un golpe directo a la propia idea de dictadura. Por ejemplo, cuando para justificar Kronstadt, Trotsky —y en menor medida Serge—, argumentan que en un lado estaba el Estado proletario y en el otro los insurgentes, y que aunque también entre ellos había obreros el tinglado lo manejaban los reaccionarios, que acechaban un movimiento de restauración burguesa, y llegan a la conclusión de que la revolución debía actuar como lo hizo (Trotsky) o de que se vio obligada a actuar así (Serge), nos hallamos en realidad ante una inversión total de las ideas que deben presidir la gestión del Estado proletario. En efecto, el problema hay que plantearlo así: si frente a un

motín provocado por el hambre el proletariado recurre a los mismos medios que un Estado burgués, se traviste, se transforma y su contenido pasa a ser burgués.

Para nosotros es así como hay que plantear la cuestión. Pongamos que concurren ciertas circunstancias y que un sector del proletariado pasa a la lucha contra el Estado proletario –admitamos incluso que se trate de un instrumento inconsciente de las maniobras enemigas–. ¿Cómo hay que actuar ante esta situación? PARTIENDO DE LA BASE FUNDAMENTAL DE QUE EL SOCIALISMO NO SE IMPONE AL PROLETARIADO CON LA FUERZA Y LA VIOLENCIA. Desde el punto de vista geográfico, más vale perder Kronstadt que conservarlo, sobre todo cuando esta victoria no nos puede conducir más que a este resultado: alterar la propias bases, el contenido de la acción que lleva a cabo el proletariado. Ya nos sabemos la objeción: pero perder Kronstadt habría supuesto una pérdida decisiva para la revolución, quizá el fin de la propia revolución. Llegamos al punto sensible. ¿Cuáles son los criterios de análisis de la realidad?, ¿se derivan de los principios de clase o dependen de las situaciones? Más claro. ¿Es preferible que los obreros cometan un error, aunque sea mortal, o hacer añicos nuestros principios con la excusa de que los obreros nos agradecerán haberlos defendido, incluso mediante la violencia?

En toda situación, surgen dos criterios opuestos que llevan a dos conclusiones tácticas muy distintas. Si los comparamos formalmente, llegaremos a unas conclusiones que se derivan de la siguiente afirmación: tal organismo es el PROLETARIADO; hay que defenderle aunque para ello debamos destrozarnos un movimiento obrero. En cambio, si nos atenemos a su contenido, llegamos a conclusiones opuestas: un movimiento proletario manejado por el enemigo lleva en sí mismo una contradicción orgánica que enfrenta a los proletarios con sus enemigos; para hacer estallar esta contradicción se necesita un trabajo de propaganda, y EXCLUSIVAMENTE de propaganda entre los obreros, quienes sólo en el trascurso de los propios acontecimientos podrán recuperar la fuerza de clase que les permitirá destrozarnos la maniobra enemiga. Y si, por la razón que sea, lo que está realmente en juego es el futuro de la revolución, tratar de obtener la victoria por la violencia no sólo sería tratar de disimular la realidad (acontecimientos históricos como la revolución rusa no dependen nunca de un mero episodio, por lo que sólo para los espíritus superficiales el aplastamiento de Kronstadt podía suponer la salvación de la revolución), sino sentar las bases para la verdadera derrota de la revolución: este ataque a los principios se generalizaría a toda la actividad del Estado proletario.

Esta digresión nos permite precisar más claramente cuáles son las características de la dictadura del proletariado. Aunque esto trasciende al propio problema de la dictadura de la clase proletaria, primero tenemos que señalar cuáles son los objetivos y la misión del proletariado, en qué dominios se afirman y a través de qué organismos.

1º *En el terreno económico.*– Si a partir de la tesis de que el socialismo es el hijo natural de la industrialización de la economía, deducimos el corolario de que los obreros deben, por su propio interés, aceptar los sacrificios que conlleva la construcción de una economía industrial altamente desarrollada, estaríamos poniendo la bandera roja en los principios que guían la economía capitalista, cuyos defensores siempre han afirmado que si el aumento de la producción es beneficioso para alguien, es sobre todo para los obreros. El proletariado sabe que existe una contradicción manifiesta entre la acumulación de plus-valía y la porción del valor del trabajo que se les da en forma de salario. Esta contradicción se conserva a lo largo de todo el periodo de transición y no desaparecerá hasta que llegue la sociedad comunista. El polo de concentración de la plus-valía es el Estado, cuyas leyes le llevan INEVITABLEMENTE a acumular siempre más, en detrimento de los trabajadores. No hay solución posible que no parta de la clase, pues la contradicción se desarrolla entre estos dos elementos diferentes. La experiencia rusa, además, es definitiva. Stalin representa (también en el terreno económico) una ruptura con los postulados proletarios. Los planes quinquenales, que han supuesto una transformación industrial gigantesca, al mismo tiempo han llevado a los trabajadores a un empobrecimiento miserable.

Frente a un Estado cuya evolución NATURAL es oponerse al progreso económico de los trabajadores, no existe más solución que unas organizaciones sindicales con derechos reconocidos, en primer lugar, el de su independencia orgánica respecto al partido y al Estado y el derecho de huelga.

2º *En el terreno político.*- Este es el terreno específico de la acción del proletariado y aquí es donde la fórmula de la dictadura del proletariado adquiere todo su significado. En efecto, ésta no tiene ningún objetivo en lo que respecta a la naturaleza de la evolución económica: la industrialización ya implica en sí misma que el triunfo del socialismo es inevitable. ¿Entonces cuál es la misión del PROLETARIADO? En cierta medida, estamos ante una cuestión de principios. No hace falta demostrar nada, pues la fórmula contiene en sí misma su explicación. Pero las interpretaciones a las que se ha llegado hacen necesarias unas minuciosas precisiones.

Mientras las clases aún existan, incluso después de la victoria proletaria, la oposición al régimen burgués se refleja en un cambio profundo del contenido de la sociedad. Tras la socialización de los medios de producción y la supresión de la propiedad privada, las clases explotadoras ya no existirán realmente, pero continuarán existiendo *potencialmente*: son el fantasma que recorre todo el periodo de transición. Los errores inevitables en la gestión económica y política del proletariado son un factor objetivo que puede hacer que eclosionen un movimiento de restauración burguesa.

La dictadura del proletariado no se despliega en absoluto en unas condiciones de libertad, pues aún existen las clases dentro de sus fronteras, por no mencionar a los regímenes capitalistas de otros países. Por tanto, un error se convierte en algo nefasto, tanto en sí mismo como por las consecuencias que puede acarrear, dado que existe un polo que podría canalizarlo hacia una evolución capitalista. Esto justifica la solución dictatorial. Evidentemente, a la larga, las premisas económicas (persistencia de las clases) no sólo hacen inoperante toda medida dictatorial, sino que amenazan con modificar el Estado que recurra a ellas, reforzando su tendencia natural, que es la de emplear la violencia –o amenazar con ella– contra los obreros que quieran sustraerse de las leyes de la acumulación. Pero tenemos ante nosotros un periodo de transición en el que las medidas dictatoriales son perfectamente válidas. Se trata, en definitiva, de dar al conjunto de la clase obrera una libertad de movimientos lo suficientemente amplia como para permitir que se cometan errores en la gestión, y de quitar al capitalismo la posibilidad de aprovecharlos. Esto es lo que justifica la dictadura del proletariado, a la que sin embargo hay que hacer dos observaciones:

1º Que la violencia sólo está justificada durante el periodo de erupción revolucionaria y nunca después. Aquí hay que aclarar que el socialismo, desde que apareció, lleva inscrito en su bandera la abolición de la pena de muerte, por lo que debe aplicar este objetivo incluso con sus enemigos de clase en el curso del periodo normal de su gestión, haciendo uso de la justicia represiva de los órganos del Estado.

2º Que jamás en la vida se confundirán los movimientos obreros con maniobras de restauración del enemigo. A este respecto, nos remitimos a las explicaciones que hemos dado al hablar de Kronstadt, pero lo mismo vale evidentemente para los movimientos de Makhno y, en general, todos aquellos en los que estén implicados grupos obreros, sea cual sea su etiqueta. Por tanto, si nunca hay que emplear la violencia contra los trabajadores, muchísimo menos cuando el proletariado tome el poder.

Dicho esto, queda por examinar el problema específico del movimiento obrero, en el que se agitan mil corrientes entre las cuales solo una representa los verdaderos intereses del proletariado. Aquí no hay duda posible, todas estas corrientes expresan *indirectamente* el interés del enemigo, ligándose indirectamente a los regímenes capitalistas en el extranjero y *directamente* a todas las clases intermedias, especialmente a la burocracia estatal. Y aquí de nuevo surge la afirmación: *yo* (el partido de clase) soy el proletariado, el resto (socialdemocracia, anarquismo, etc.) son el enemigo; esta proposición se transforma inevitablemente en esta otra: *yo* (el partido del proletariado) pierdo mi contenido, lo transformo en

capitalista, cuando recorro a medios dictatoriales propios del capitalismo para hacer frente a la influencia enemiga.

La emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores, dijo Marx, y esta fórmula central del socialismo para nosotros no justifica las novatadas contra los trabajadores que siguen otras concepciones.

ESTA FÓRMULA ES UN PRINCIPIO FUNDAMENTAL DEL PROLETARIADO. Nosotros, que somos extremadamente intransigentes en la defensa de nuestras ideas y que no admitimos compromisos con otras corrientes, pues las consideramos nefastas para el proceso de formación del partido de clase, nosotros somos de la opinión de que el resto de concepciones representan un cierto grado de formación de clase de los obreros, cuya mera existencia demuestra que el partido aún no ha terminado su obra. Nuestra posición, pues, concluye con la fórmula de que es el proletariado mismo quien, al desgajar de su seno el partido de clase, comienza el proceso de limpieza de todas las infecciones enemigas, sin importar su nombre. Cuando el proletariado se hace con el poder, la única forma que tiene de intervenir es mediante un dispositivo (que debe tener además una naturaleza de clase) que debe permanecer ligado directamente a los organismos del mecanismo económico, mecanismo que ya hemos dicho que lo acciona el Estado, cuyo desarrollo lógico es oponerse a las reivindicaciones y al programa del proletariado. Este dispositivo no puede ser otro que los sindicatos, órganos específicos de clase, sensibles a las reivindicaciones inmediatas y parciales de los obreros. Todas las corrientes que actúan en el seno de la clase obrera hallarán en el sindicato una piedra de toque. Por un lado, se verán obligadas a relacionar su política con una base clasista; por otro lado, las fracciones sindicales del partido del proletariado hallarán en estas luchas el elemento indispensable no sólo para su progreso sino también para salvaguardar su naturaleza comunista.

La libertad de las fracciones sindicales debe ser total. A estas fracciones no sólo hay que darles la posibilidad de conquistar el centro dirigente, sino deben tener libertad de prensa, de reunión, de expresarse en público, sin que se deba plantear ninguna restricción al respecto.

Resumiendo: la dictadura del proletariado, por tanto, significa supresión de todos los derechos a la burguesía y la obligación por parte de todas las corrientes que actúan en el seno de la clase obrera de manifestarse únicamente a través de sus organizaciones sindicales.

LA DICTADURA DEL PARTIDO DEL PROLETARIADO

Las consideraciones precedentes nos permitirán pasar más rápidamente por este aspecto del problema. Para nosotros, la dictadura del proletariado es la dictadura del partido de clase, dictadura que se manifiesta al margen de toda intervención violenta sobre el proletariado y sus agrupaciones.

Ya hemos explicado la necesidad de esta dictadura, resultado del hecho de que la producción económica aún no permite hacer que desaparezcan las clases, por lo que es indispensable evitar que los errores en la gestión proletaria produzcan una polarización alrededor de la burguesía, desde el punto de vista económico y político.

En definitiva, la conquista del poder por el proletariado no hace más que plantear una hipótesis que tiene que ser verificada por los acontecimientos. El proletariado se afirma como protagonista de la transformación social empuñando un programa que representa la selección de una serie de elementos fundamentales consagrados por la lucha obrera en los diferentes países. La evolución política viene a confirmar la doctrina marxista, que nos dice que aunque se produzcan traiciones, compromisos y abandonos individuales o colectivos, se mantiene una férrea continuidad en las posiciones políticas, y es en definitiva un

programa único el que acompaña, expresa y guía la obra de emancipación del proletariado tendente a la construcción de la sociedad comunista. El carácter monolítico del programa constituye la premisa y la necesidad de que haya un solo partido del proletariado. Es cierto que tras conquistar el poder, mil peligros asaltarán al partido que detenta el control del Estado, partido que podría hacer uso de este Estado para imponer la política que defiende. Pero la persistencia de todas las organizaciones de clase del proletariado y, en su seno, el libre desarrollo de todas las corrientes, representan el contrapeso que permite salvar al partido de la degeneración.

Al tomar el poder, el proletariado afirma que es en el contexto ideológico de la acción proletaria donde se desarrolla la acción que tiende a la revolución mundial y al advenimiento de la sociedad comunista. Habrá que asegurar la libertad en su seno de todas las fracciones que expresan divergencias y reacciones a la política del partido. Y en este, aún con más razón que en las organizaciones sindicales, no sólo no se podrá tolerar el uso de la violencia, sino que –partiendo del centralismo orgánico– no es admisible ningún ataque de los órganos centrales del partido sobre las formaciones de base. Todo el mecanismo del partido debe ser capaz de funcionar de manera absolutamente libre, y hay que dar libertad para que se formen fracciones, a las que se les suministrará además los medios financieros necesarios para su extensión dentro del propio partido.

El curso de los acontecimientos pondrá a prueba la candidatura que plantea el partido, así como el destino político de las fracciones que se mueven en su seno. Es posible, como ocurrió en 1920-21 en Rusia, que una vez más el partido proletario se halle ante el dilema: arriesgarlo todo y permanecer firme en los principios proletarios, o bien –prospectando la posibilidad de una tregua– abandonar los principios y permanecer en el poder a pesar de todo. Hay que tener en cuenta un punto de gran importancia.

No se trata en absoluto de convertir en cuestiones de principio los problemas secundarios, para los cuales no se plantea este dilema final. Pero cuando se trata de problemas fundamentales, no podemos vacilar, más vale afrontar la batalla con la certeza de la derrota que permanecer en el poder habiendo hecho defeción de nuestros principios proletarios.

Así es como se plantea el problema de la violencia. Es cierto que en la polémica Lenin-Kautsky existía una deformación, fruto de las circunstancias políticas de la época. La negación de Kautsky de la violencia venía acompañada de la reivindicación de democracia, y sabemos que es precisamente esa democracia la que los trabajadores españoles pagan con su sangre, y eso después de que el capitalismo alemán e italiano haya encontrado en el desenfrenado juego de esta democracia la posibilidad de apagar la amenaza revolucionaria y ametrallar a los proletarios revolucionarios. Lenin no era el apóstol de la violencia contra su negación, representada por Kautsky, sino que fue el portador de la ciencia revolucionaria marxista, que destruye todas las hipocresías de la democracia y reedifica la teoría de la dictadura del proletariado. El clima en el que se desarrolló esta polémica y la lucha de clases de la época extendieron entre casi todos los comunistas la idea de que la violencia puede resolver los problemas políticos. La idea de Lenin: tenemos el Estado en nuestras manos, podemos por tanto permitirnos la N.E.P. y, mañana, podremos quitar a los capitalistas lo que hoy les damos, todo esto forma parte de esa mística de la violencia que los acontecimientos se han encargado de desmentir completamente. En sí misma, la N.E.P. no implicaba transgredir los principios comunistas, pues no dejaba de ser el reflejo de una situación social que no permitía el ostracismo hacia todas las formas no socialistas de gestión de la economía, y en ese sentido debe ser plenamente reivindicada por los marxistas. Lo que hay que rechazar de la N.E.P. es su idea central: dar hoy con la perspectiva de quitar mañana. No, no hay interrupción posible entre lo que se hace y lo que se hará. Existe una férrea continuidad en el tiempo, y hay que actuar como comunista hoy para poder seguir siendo comunista mañana. Admitir una concesión económica a los capitalistas, remplazar las requisas por el impuesto en especie, en una palabra, liquidar el comunismo de guerra y legalizar las formaciones económicas que responden a la inmadurez socialista del estadio económico, todo este conjunto de medidas no admiten crítica desde un punto de vista marxista. Pero la cosa es bien distinta cuando estas formaciones

económicas se toman por eslabones de una economía socialista, esto ya es totalmente contrario a los principios del comunismo. Y sería inútil, e incluso extremadamente peligroso, jugar con las palabras y afirmar que, como estas medidas impulsan la vida económica, son beneficiosas para la evolución socialista. ¡Sí, lo serán!, pero a condición de que las identifiquemos como contrarias al socialismo por su propia naturaleza, como una amenaza a la dictadura del proletariado. La experiencia de 1920-21, además, nos muestra un aspecto concreto e indiscutible en estas cuestiones. La N.E.P. no sólo vino acompañada de la idea de que, como el proletariado mundial estaba vencido, había que explotar las divergencias que enfrentan a los Estados capitalistas, sino también de la liquidación de las organizaciones sindicales en el interior, de la liquidación de Kronstadt y del sometimiento del proletariado en el transcurso de la N.E.P. Todo habría ocurrido de otra manera si en lugar de afirmar, como hizo Lenin, que el socialismo podría aprovechar de este impulso capitalista, se hubiera declarado que este impulso era inevitable y ante esto el proletariado debía poner en guardia a sus organizaciones, en primer lugar a los sindicatos.

En pocas palabras, hay que rechazar la mística de la violencia de cabo a rabo. La alternativa que se plantea con la violencia no es entre el éxito, si la empleamos, y la derrota inevitable, si no se recurre a ella. La alternativa es entre el programa del proletariado o su alteración como resultado de la intervención violenta. No hay derrota más aguda e irremediable que la que nuestro enemigo nos infringe al transformar los órganos del proletariado y hacer que el partido del proletariado adopte sus mismos métodos.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES DEL ESTADO PROLETARIO

Habiendo definido ya la idea de dictadura del proletariado, que como hemos visto se puede identificar con dictadura del partido del proletariado pero es contraria a la idea de dictadura del Estado proletario, nos será más fácil tratar este aspecto del problema. Es evidente que, en este terreno, la tendencia NATURAL del Estado proletario es también entrar en el engranaje capitalista junto con el resto de Estados y tratar de expandirse libremente. Pero al igual que le sucede a la burguesía derrotada por el Estado proletario, a la que se le prohíbe todo movimiento, lo mismo ocurre en lo que respecta a las relaciones del Estado obrero más allá de sus fronteras. A este Estado hay que impedirle establecer relaciones con el resto de Estados. Desde el punto de vista político, el mero hecho de establecer relaciones con países capitalistas choca de frente con el programa proletario. Desde el punto de vista económico, no es en absoluto necesario tener representación diplomática para cuestiones de índole comercial. Respecto a estas, hay que tomar otra medida de protección. En casi todos los países existen organizaciones económicas de carácter de clase, es decir, las cooperativas. Sabemos muy bien que no están en absoluto sujetas al control proletario y que son un semillero de oportunistas. Pero su carácter de clase se presta mucho mejor a las relaciones comerciales con el estado proletario que los trust capitalistas. Por otra parte, la verdad es que el hecho de basar integralmente las relaciones económicas del Estado proletario en las cooperativas, permite poner en marcha la fiscalización por parte de los trabajadores y sus iniciativas.

Esta cuestión de la actividad del Estado proletario más allá de sus fronteras es secundaria comparada con la relación del partido del proletariado con los partidos de clase del resto de países. Este es el verdadero eje de la cuestión. Para nosotros, que consideramos que la conquista del poder en un país no es un acto comunista sino a condición de que lo consideremos como un episodio más de la lucha del proletariado mundial, la Internacional es la que debe dirigir la política del partido que está en el poder; una Internacional que, lejos de jugar con las leyes cuantitativas que supuestamente nos permiten calcular exactamente la hegemonía del partido en el poder, deberá dejarse guiar por el peso específico del proletariado de los diferentes países y por una representación de los delegados de los partidos, lo que garantizará la mayoría a las clases obreras, quienes por el hecho mismo de ser siempre el blanco de los ataques capitalistas, conservan un instinto de clase mucho más fiable. Este pertinente apunte que en su momento hizo Bordiga hay que valorarlo como se merece.

* * *

Unas palabras para concluir. Podría decirse que todas las medidas que se han preconizado hasta el momento se han visto destinadas al fracaso, como sucedió con la obra por otra parte genial: *El Estado y la Revolución*, de Lenin. A su autor no le fue posible respetar las conclusiones que defendía en ella. Claro, hay que entenderlo. Al principio, Lenin, en el periodo heroico de la revolución rusa, se inspiró en estas consideraciones. ¿A qué viene entonces ese escepticismo de eternos “realistas”? En esas condiciones sólo se podía hacer una cosa: proclamar que el programa y el ideal comunista no son sino palabras que la realidad se encargará de que el viento se lleve. Esa no es nuestra opinión y estamos apasionadamente seguros de tener razón.

Ottorino PERRONE.